

Debate: respuestas a Riccardo Petrella

Marginalia

Carlos Altamirano

La lectura del estimulante artículo de Riccardo Petrella ha motivado las digresiones, tal vez no muy hilvanadas entre sí, que vienen a continuación.

1. La representación que ofrece Petrella de los efectos sociales del patrón dominante del desarrollo científico y técnico en el mundo actual es dramática, y no se puede dudar de que en términos globales hace justicia a los hechos. "En definitiva -escribe-, la ciencia y la tecnología de las sociedades actuales se conciben, desarrollan y emplean primariamente por y para los intereses de los grupos sociales y de los países más fuertes, poderosos y ricos del mundo." Ahora bien, si se dejan de lado las cifras, ¿qué podemos encontrar en el análisis de Petrella que no hubiéramos podido encontrar veinte años atrás, en un diagnóstico realista sobre I+D o CyT en el mundo? ¿Qué índices, aparte de las cifras, de que el tiempo ha pasado? Detecto una ausencia, una ausencia que salta a la vista, la categoría de *Tercer Mundo*, que difícilmente hubiera faltado en un informe elaborado por alguien como el autor, un experto sensible a las terribles injusticias entretejidas con el modelo de desarrollo científico-técnico.

Es que el *Tercer Mundo* se ha desintegrado, como noción y como dato de la realidad internacional, y el término que a veces ocupa su lugar, "Sur", no puede ser más débil e indeterminado. El derrumbe del bloque soviético le quitó sentido a una de las notas definitorias del tercermundismo (aunque no todos los países que proclamaban su pertenencia al *Tercer Mundo* fueran consecuentes con esa definición): el no alineamiento, el neutralismo positivo y formulaciones equivalentes, que suponían la rivalidad entre el *Primer Mundo* (capitalista) y el *Segundo Mundo* (socialista) como dicotomía en la que se negaba a tomar parte un nuevo bloque de naciones, dispuestas a hacer pesar sus propios intereses en los asuntos internacionales. Pero ya antes de ese derrumbe que afectó la definición política del *Tercer*

Mundo como protagonista de la escena internacional, la heterogeneidad de esa vasta realidad a la que pretendía englobar en una representación común -los países de la periferia- había trastornado el marco ideológico del tercermundismo. Lo más disruptivo fue seguramente la emergencia de los países del sudeste asiático, por la vía del capitalismo y con el concurso del capital extranjero, ambos juzgados por la ideología tercermundista como agentes reproductores del atraso y el subdesarrollo. Acaso fue China continental, que durante años había rivalizado con la URSS por orientar el tercermundismo, la que terminó por dar el golpe definitivo, tras hacer abandono de la tesis maoísta de "basarse en la fuerza propia" (incluso en el terreno de la ciencia y la tecnología). Desde hace tiempo obtiene cifras espectaculares de crecimiento conjugando el partido único y el régimen político autoritario con el capitalismo.

Nada de esto atenúa la cruel realidad de la concentración de la riqueza y los recursos del poder a escala internacional, ni la verdad del desarrollo desigual. Sólo nos obliga a retematizar esa realidad con una sintaxis más compleja, en términos teóricos y políticos, que la que articuló los discursos tercermundistas (un ejemplo de teoría de sintaxis simple fue en América Latina lo que se conoció como "teoría de la dependencia").

2. Petrella define en términos que se prestan al malentendido el primero de los obstáculos que encuentra para reorientar el desarrollo y el uso de la ciencia y la tecnología. "Un factor que tiene su importancia cultural -señala- es la convicción aún extendida dentro de la comunidad científica de que la ciencia es y debería ser una actividad humana libre y neutral. Consiguientemente, la ciencia debería responder únicamente a principios 'científicos' y éticos y no debería estar orientada, guiada, 'instrumentalizada' por ningún otro tipo de principios u objetivos."

Ahora bien, es difícil de refutar el hecho histórico de que el surgimiento y el desarrollo de las ciencias modernas están asociados, inextricablemente, a su progresiva diferenciación como esfera relativamente autónoma, sujeta a su propio marco normativo y a sus propios valores. Cuando los agentes de ese campo, para hablar en el lenguaje de Pierre Bourdieu, reclaman que la actividad, o el juego de lenguaje, que se practica dentro de su ámbito se atenga a los criterios que la comunidad tiene por científicos, no hacen sino atenerse al proceso de autonomización que emancipó el saber moderno de la presión inmediata del poder político o religioso.

Es verdad que la historia y la sociología del conocimiento enseñan que el lenguaje de la ciencia nunca está libre del "folklore" de cada época histórica y que ninguna comunidad científica puede desembarazarse de las esperanzas, los miedos y los prejuicios colectivos de su tiempo. En este sentido podría decirse que los agentes del campo científico serán más libres cuanto más conciencia tengan, con la ayuda del conocimiento histórico y sociológico, de sus condicionamientos (aunque hay que abandonar como utópica cualquier idea de plena autotransparencia de los sujetos).

Entre esos condicionamientos, ¿no cuenta el poder que el estado o la gran empresa tienen de orientar la producción de conocimientos, alentando determinados programas de investigación y desalentando otros, o fijando los criterios de lo que es socialmente válido en términos de conocimiento? Por cierto. Pero no creo que la respuesta a este condicionamiento real deba diluir el marco normativo propio, ni poner en cuestión el reclamo a criterios de legitimidad intrínsecos al campo científico. Entiendo que es por medio de la acción pública, emprendida en nombre de la autoridad de que están investidos como miembros de la comunidad científica, o como simples ciudadanos, que los científicos podrían -y, según mi opinión, deberían- librar el debate y el combate por modos que consideren más justos, desde el punto de vista ético-político, de implicación de la ciencia en los problemas de la vida colectiva.

El énfasis que pongo en lo que tal vez sea obvio obedece, seguramente, a que en la Argentina, donde es tan precaria la autonomía del campo científico, permanentemente expuesto a la intrusión inmediata del poder político, como lo muestra el reciente episodio del ministro de Economía con los investigadores del Conicet, nunca es suficiente lo que se diga para recordar las reglas constitutivas del saber moderno.

3. Si la ausencia de una noción puede ser índice del cambio de los tiempos, un tema, esta vez presente en el artículo de Petrella, puede obrar en el mismo sentido. Se trata del tema del estado-nación, que aparece en el texto como uno de los obstáculos a la difusión de los logros científicos y técnicos en beneficio de todos los hombres. El estado-nación moderno "ha considerado desde siempre a la ciencia y la tecnología como un capital nacional" y sólo parcialmente ha aceptado el principio y la práctica de que ellas contribuyan a "una mejor asociación y cooperación entre diferentes pueblos, países y culturas". La tensión y aun la divergencia entre el mundo de los

estados-naciones y el mundo de la humanidad no es precisamente un tema nuevo, pero en el último tiempo ha cobrado una renovada actualidad. No sólo a propósito del saber científico-tecnológico (cada vez más trasnacional), sino también a raíz de principios declarados universales, como la democracia o los derechos humanos. ¿Ellos se pueden detener ante las fronteras nacionales? ¿Cuándo la invocación de un principio o una norma internacional sólo disimula una política de potencia? Al revés: ¿cómo ignorar que la reivindicación de la soberanía nacional, la autodeterminación o la identidad cultural suelen asociarse a la defensa de un orden opresivo, o a prácticas denigrantes para la idea de que los seres humanos, mujeres y varones, son semejantes entre sí?

Tampoco son única ni principalmente estas cuestiones de orden ético-político las que han reabierto el tema de los límites del principio nacional-estatal. Con más poder ha obrado, como condicionante supra-nacional, el conjunto de procesos financieros, económicos y socio-técnicos que se resumen bajo el término "globalización", y que han conectado como nunca las distintas partes del mundo. El hecho es que en lo relativo a la orientación del desarrollo científico y técnico, todos esos impulsos, que no pueden reducirse a una sola y única lógica, se superponen, interfieren a veces entre sí y se condicionan mutuamente; tal como lo muestra el artículo de Petrella, cuya propuesta para dar curso a un desarrollo alternativo al que reina en la actualidad es sensible a la "genuina complejidad" de la cosa. ¿Cómo encarar los imperativos de la modernización, seleccionando y superando la disyuntiva entre el aislamiento o el automatismo de la transferencia tecnológica sin contextualización?

Tal es, según lo entiendo, la función de las "redes", que instituirían ámbitos de procesamiento intelectual del cambio tecnológico estimulando el encuentro y la hibridación entre creatividad local e innovación internacional. Me gusta el concepto de codeterminación asociado a la formación de "redes".